

January 2008

¿Qué imagen de Dios revela el Documento de Aparecida y qué estilo de vida cristiana propone?

José María Siciliani Barraza

Universidad de La Salle, Bogotá, vacademi@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Siciliani Barraza, J. M. (2008). ¿Qué imagen de Dios revela el Documento de Aparecida y qué estilo de vida cristiana propone?. *Revista de la Universidad de La Salle*, (45), 70-73.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

¿Qué imagen de Dios revela el Documento de Aparecida y qué estilo de vida cristiana propone?¹

José María Siciliani Barraza²

Vivimos una hora crucial para la Universidad porque estamos estrenando Proyecto Educativo Institucional. Sin esa 'palabra' común no habría comunidad académica lasallista (González, 1985). El PEUL nos propone el pensamiento de la Iglesia como un referente central: una propuesta de sentido que lejos de considerar al Evangelio como incompatible con nuestro quehacer investigativo y académico, lo concibe como una luz capaz de orientarlo y de darle un norte.

El corazón del evangelio lo constituye el rostro de Dios que Jesús hace ver a sus discípulos con sus acciones y con sus palabras. No es una ética, no es un código de normas lo que propone Jesús (Aparecida n° 2). Es una experiencia de encuentro con Dios que trae como consecuencia una forma de vivir nueva. Y es tal esa novedad, que los discípulos quedan perplejos ante ciertos comportamientos de Jesús. Pensemos, por ejemplo, lo que pudo pasar por la mente de sus seguidores cuando Jesús se arroga el derecho de cuestionar lo más sagrado del Judaísmo, la Torá, y dice a sus discípulos: "habéis oído que se dijo... pero yo os digo".

Toda la tarea de la Iglesia no es otra cosa sino una permanente profundización de esa novedad radical en torno al verdadero rostro de Dios, que aportó Jesús. Novedad radical que la Iglesia tiene que mostrar con toda pertinencia a cada época (Aparecida n° 11).

Es en ese horizonte hermenéutico de actualización donde hay que situar al Documento de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Por eso he querido mirar algunos de sus pasajes desde ese ángulo, porque me parece que es una manera de ir al meollo, a lo que más nos interesa como lasallistas: ¿qué imagen de Dios revela el texto y, como consecuencia, qué estilo de vida cristiana nos propone? Es de ese núcleo que tendríamos que sacar las orientaciones para una vida académica universitaria que se inspira en San Juan Bautista De La Salle.

¹ Intervención durante el Panel Participativo para la iniciación a una lectura crítica del "Documento Conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y el Caribe. Documento de Aparecida", organizado por el Departamento de Formación Lasallista y el Centro de Investigaciones Lasallistas. Miércoles 5 de septiembre de 2007.

² Profesor del Departamento de Formación Lasallista, de la Facultad de Educación y de la División de Formación Avanzada, Universidad de La Salle. Bogotá. Colombia.

DIOS ES UNA VIDA MÁS QUE UN CONCEPTO, UN VERBO MÁS QUE UN SUSTANTIVO: ENTONCES UNA PRÁCTICA DE COHERENCIA

El Documento de Aparecida tiene una división significativa en tres partes:

1. La vida de nuestros pueblos hoy.
2. La vida de Jesucristo en los discípulos misioneros.
3. La vida de Jesucristo para nuestros pueblos.

De entrada la cuestión de Dios aparece como un asunto de vida: vida de Jesucristo para nuestros pueblos. Notemos aquí un giro fundamental. Dios no aparece como una idea, como un concepto, como una noción abstracta. El "asunto de Dios" es un asunto vital.

Dicen que una de las características del postmodernismo es la "búsqueda de experiencia". La gente no está interesada en dogmas, la gente no quiere saber nada de las instituciones religiosas, pero a la gente postmoderna le fascina lo "experiencial", "lo vital". No pide normas, pide sentido. Creo que los obispos, sin caer en ese gusto postmodernista (que puede llevarnos a un irracionalismo vitalista), apuntan a algo central de la Idea de Dios propuesta por Jesús. San Juan la plantea en estos términos: "Quien diga que cree en Él tiene que andar como Él anduvo" (1 Jn 2, 6). Hay una ruptura radical aquí frente a una concepción contemplativo-teórica de Dios. Su conocimiento real no se verifica tanto por las ideas sino por una vida. Dios no está al final de un silogismo sino que se le haya en la medida en que se le practica. La verdad de Dios no se define, la verdad de Dios se hace.

Me permito citar esta frase de un teólogo que puede iluminar más esta primera aproximación a la imagen de Dios que nos presenta el Documento de Aparecida: "Jesús no pronunciaba charlas ni ponencias sobre Dios. Jesús hacía otra cosa: "practicaba" a Dios e "invocaba" a Dios. ¿Cómo? En definitiva dando vida al hombre, tanto a niveles personales ("Dios perdona tus pecados", "Tu Padre sabe lo que necesitas..."), como a niveles sociales ("Se acerca el Reino de Dios"). Y este "practicar" a Dios es precisamente lo que convierte a Jesús en el verdadero discurso sobre Dios, en "Palabra de Dios" (González, 1985: 15-16).

De esta noción de Dios como vida se desprende una forma de estilo de vida cristiana que podríamos sintetizar como "coherencia".

Para indicar hacia qué estilo de vida apunta esta imagen de Dios como vida, voy a proceder mostrando por vía negativa, hacia donde creo que apunta esta imagen de Dios. Me permito recordar una frase de Sartre: "El ateo es un hombre de

convicciones; el cristiano, de costumbres". La práctica de muchos católicos en América Latina tiene más de fenómeno sociológico, de herencia cultural, de mimetismo ambiental estéril, de "fe prestada", de "religiosidad ambiental" que de resultado de una convicción, obtenida después de una búsqueda esforzada y paciente. Es una "fe masificada, no misionada", es una religiosidad.

"En una religiosidad sociológica todos se sienten cristianos, todos se sienten miembros de la Iglesia, que ha pasado a ser una especie de arca de Noé. Y se siente cristiano el que cree en el Evangelio y el que prácticamente se ríe de él, el que sufre y el que hace sufrir, el oprimido y el opresor, el que reconoce a Jesús como verdadero Señor de su vida y el que adora descaradamente a los ídolos de este mundo, el que intenta vivir animado por el Espíritu de Jesús y el esclavizado por el espíritu mundano... ¿No habría que decir que son muchos los que se creen y pocos los que creen? (Alaiz, 1985: 22-23).

En otras palabras, la imagen de Dios, y la fe que muchos católicos, quizás algunos de nosotros mismos, tenemos en Él (y por lo tanto, la vida que se desprende de allí) no es otra cosa sino "un conjunto de verdades disecadas que se aprendieron en el catecismo" (Alaiz, 1985: 25) pero que no son vida, que no nos aventuran en un proyecto existencial que apasiona nuestra cotidianidad. El estilo de vida que se desprende de aquí es puro "folklore", puro comportamiento mimético, puro rito cultural, pura superficialidad, no es vida. Y "la fe es una decisión seria sobre la totalidad de la vida" (Alaiz, 1985: 27), porque "se es creyente no por tradición sino por decisión personal" (Alaiz, 1985: 28).

Por el contrario, la Propuesta que subyace en Aparecida es la de una misión: misionar la fe de los católicos y de los pueblos latinoamericanos para que pasen de un infantilismo religioso a una decisión de vida que haga de los creyentes cristianos adultos. Pero eso no podrá hacerse si no se cae en la cuenta de que Dios no es una idea, un rito, un concepto, sino un vida y ser cristiano es devenir como Jesús.⁵

⁵ El Documento de Aparecida habla de "Seguimiento de Jesucristo" y de "configurarse con el Maestro": "En el seguimiento de Jesucristo, aprendemos y practicamos las bienaventuranzas del Reino, el estilo de vida del mismo Jesucristo: su amor y obediencia filial al Padre, su compasión entrañable ante el dolor humano, su cercanía a los pobres y a los pequeños, su fidelidad a la misión encomendada, su amor servicial hasta el don de su vida. Hoy contemplamos a Jesucristo tal como nos lo transmiten los Evangelios para conocer lo que Él hizo y para discernir lo que nosotros debemos hacer en las actuales circunstancias" (n° 139).

DIOS EN LA HISTORIA Y NO FUERA DE ELLA: ENTONCES UNA PRÁCTICA TRANSFORMADORA DE LA REALIDAD

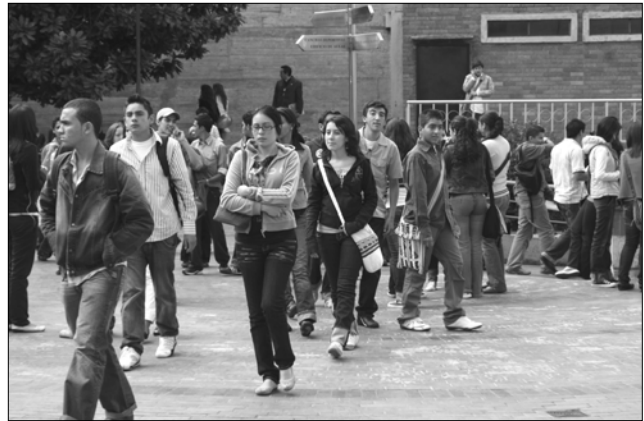
En segundo lugar vale la pena resaltar que el Documento vuelva a confirmar el método de la teología latinoamericana: ver, juzgar y actuar (Aparecida n° 19). En efecto, los obispos comienzan hablando de la realidad latinoamericana como algo que interpela a los discípulos de Jesús (n° 33). Y hablan de las situaciones socio-culturales, económicas, socio-políticas, ecológicas y de la multi-culturalidad latinoamericana fuertemente marcada por la presencia de los pueblos indígenas y las poblaciones afro-descendientes (n° 43 - 97).

¿Qué imagen de Dios encontramos allí y qué práctica se desprende de la fe en ese Dios? Digámoslo abiertamente y sin rodeos: es un no rotundo a los espiritualismos de todo corte que quieren alojar a Dios fuera de la historia. Es un no reiterado a la visión de un Dios que no se deja tutear, que está demasiado lejano de los problemas concretos del hombre y del mundo, porque por ser tan espiritual, no cabe un lugar para Él en las vicisitudes humanas, en los "gozos y en las angustias" de los hombres (GS 1).

Es un no a un Dios que como lo describe Juan Arias (1972: 265 - 271), es "incapaz de redimir la miseria", no a un Dios "incapaz de comprender que los niños deben mancharse y son olvidadizos", no a un Dios que no acepta una silla en nuestras fiestas humanas, al Dios a quien interesan las almas y no los hombres, al Dios morfina para la reforma de la tierra y sólo esperanza para la vida futura, al Dios que crea desertores de las tareas del mundo e indiferente a la historia de sus hermanos, al Dios incapaz de hacer nuevas todas las cosas, al Dios que nunca ha llorado por los hombres, al Dios mudo e insensible en la historia ante los problemas angustiosos de la humanidad que sufre, al Dios de los que creen que aman a Dios porque no aman a nadie, al Dios que condena la materia, al Dios que para hacernos felices nos ofrece una felicidad divorciada de nuestra naturaleza humana, al Dios que aniquila nuestra carne en vez de resucitarla, al Dios que no se ha hecho verdaderamente hombre con todas sus consecuencias, en fin... es un no al Dios que condena la materia.

Vuelvo a citar a González Faus (1985: 35 - 36) que dice: "En el fondo de esta postura... late un platonismo barato que juzga indigna de Dios esta creación y se niega a que Dios se manche las manos en ella. Su imagen de Dios solo sabe de la distancia, pero no del amor... Por eso el riesgo de esa postura consiste en que, al buscar a Dios fuera del mundo o evadiéndose de lo real, no encuentre en realidad al Dios vivo, sino a su propio sueño o una sutil proyección de sí mismo".

¿Qué prácticas acarrea una tal visión de Dios propuesta por la Conferencia de Aparecida? En contraste con esa visión



desfigurada de Dios que acabamos de señalar, hay una práctica que trasluce en el documento y que ha sido una constante en el pensamiento de la Iglesia: el compromiso con los pobres, que la Conferencia Episcopal vuelve a reiterar como una "opción preferencial" (n° 391). Si Dios está en la historia, en la vida, hay que hacer que ese Dios sea asimilable y comprensible (significativo dice el documento, n° 100d) para el hombre de hoy. Y en muchos casos, como diría Gandhi, esa significatividad pasa claramente por "la barriga o las tripas", ya que "la única forma en que Dios puede aparecer ante los hambrientos es en figura de pan" (González, 1985: 43).

Señalo otra práctica que se desprende de esa imagen de Dios, que está directamente relacionada con nuestro contexto académico. Expresémosla en forma negativa diciendo que si el Dios cristiano no se revelara en nuestra historia, se rompería automáticamente el diálogo con lo humano, se cortaría la comunicación entre las ciencias humanas y la fe; se caería fácilmente en un fideísmo que desprecia el esfuerzo racional de comprensión de la realidad; realidad que la fe invita a transformar hasta hacer de ella el Reino de Dios: un cielo nuevo y una tierra nueva (Ap. 21,1) (Aparecida n° 27).

Por el contrario, el Documento invita a un diálogo entre fe, razón y cultura especialmente en los ambientes universitarios católicos (n° 342); se encuentra en él un reconocimiento explícito de la promoción humana integral como una forma de hacer misión o de anunciar el evangelio (n° 399-405), pregona la globalización de la solidaridad y de la justicia internacional y un modelo económico no neoliberal sino solidario (n° 406 a). Definitivamente un Dios de la vida y un Dios de la historia conducen a una vivencia de la fe "socialmente responsable".

Para terminar quiero recordar la confesión de un prisionero de los campos de concentración siberianos: "Buscaba a mi Dios, y él desaparecía; buscaba a mi alma, y no era posible encontrarla; busqué a mi hermano, y encontré las tres cosas" (Alaiz, 1985: 123). En realidad "solo el que ama cree de verdad". Porque "el que ama a Dios olvidando a los demás, no es a Dios en verdad a quien ama sino a una creación de su fantasía" (Alaiz, 1985: 123).

Un Dios que no lleve al encuentro con los demás, que sólo hace de la fe una práctica de santificación personal, que reduce el evangelio a un camino de perfección individual, o que aún más, reduce al prójimo a un instrumento de esa perfección individual, que obsesiona por la autorrealización, la auto perfección, que hace del cristianismo una virtud privada sin repercusiones comunitarias y sociales, un Dios así no es el que nos enseña el evangelio. Creo que el Documento alienta esta última perspectiva al reconocer las "pequeñas comunidades eclesiales" como un medio privilegiado de vivir la fe (nº 307): Ellas son lugares de experiencia cristiana y evangelización que, en medio de la situación cultural que nos afecta, secularizada y hostil a la Iglesia, se hacen todavía mucho más necesarias".

BIBLIOGRAFÍA

Alaiz, A. *Cristianos adultos*. Madrid: Paulinas, 1985.

Arias, J. *El Dios en quien no creo*. Salamanca: Sígueme, 1979,

González, J. *Crear solo se puede en Dios. En Dios sólo se puede creer. Ensayo sobre las imágenes de Dios en el mundo actual*, Santander: Sal Terrae, 1985.